

PRÓLOGO¹

Ángeles de la Concha y Raquel Osborne

El fuerte resurgimiento de la conciencia feminista en la segunda mitad del siglo XX ha propiciado una profunda revisión de los discursos que tradicionalmente habían configurado la conceptualización de lo femenino y definido, por tanto, la categoría «mujer». Estos discursos han silenciado su poderosa influencia en la construcción reduccionista de lo femenino a una sola de sus dimensiones, la maternal, que aparece ordenada de forma «natural» y se constituye así en uno de los fundamentos de esta categoría.

La función materna presenta una realidad ubicua como necesario principio estructurador de la organización social. Pero la amplia producción discursiva que ha concitado muestra su ambivalencia en torno a dicha función a la que ensalza y, sin embargo, subrepticamente degrada. De esta doble dimensión arranca no sólo la baja valoración político-social de la maternidad, sino también la exclusión de la mujer de actividades en el ámbito de lo público que le han sido, o le son, negadas justamente en virtud de aquélla.

Uno de los mecanismos por los que las mujeres se quedan fuera del mundo «que cuenta», el de lo público, es el de su infantilización. El proteccionismo nunca ha sido un principio favorable a las mujeres. La aparente cortesía del *dictum* «las mujeres y los niños primero» ha servido como coartada de los discursos que ensalzan a «la mujer»,

1. La investigación conducente a esta publicación ha sido financiada, en parte, por el Ministerio de Educación, Cultura y Deporte.

colocándola en un pedestal —o en el fango cuando «cae»— pero que al mismo tiempo le confieren un tratamiento de menor, de incapaz, como su equiparación con los niños parece implicar. So pretexto de esa igualación al mundo infantil, se concibe a las mujeres como «naturalmente» dotadas para las tareas de la crianza —y por extensión para cualquier «cuidado»— dado que se les presupone una mayor proximidad caracteriológica con las criaturas. Del mismo modo se da por sentado que no se precisa ninguna cualificación para aquellas labores que permanecen en ese ámbito opaco de lo privado, de lo que no traspasa la barrera del mercado.

El presente libro aspira a analizar críticamente la duplicidad del discurso en torno a la maternidad en diferentes ámbitos del pensamiento y de la cultura como son la filosofía, la tradición religiosa, la teoría feminista, el lenguaje, la literatura, el cine, etc. Se ofrece un panorama de las posiciones críticas feministas que han investigado con más rigor esta «maternalización» de la mujer, distinguiendo entre la maternidad como discurso institucional dentro de una sociedad de corte patriarcal y la maternidad como experiencia, con frecuencia contradictoria y ciertamente mucho más compleja, de las propias mujeres.

Se ha buscado una orientación del libro eminentemente interdisciplinar, aspecto difícil de conseguir en muchos enfoques tradicionales frente a los que es complicado reunir a investigadores de distintas disciplinas en torno a un tema y abordarlo desde diferentes áreas de conocimiento. Las editoras entendíamos que la figura materna tiene una importancia decisiva en un momento de profundo cambio cultural en la sociedad española. En consecuencia, nos parecía urgente una reflexión sobre el tratamiento que recibe la función materna y los modelos que se ofrecen a las mujeres desde discursos culturales diversos. Nos interesaba igualmente la problemática real de las mujeres-madres en el mundo de hoy, de modo que puedan buscarse nuevas vías de armonización de los distintos órdenes que confluyen, en general de modo muy conflictivo, en la constitución de su subjetividad y en la realización de las tareas sociales a ellas encomendadas.

La Filosofía, en tanto que productora de discursos tan a menudo —aunque no siempre— opresores, no ha dudado en contribuir a la histórica subordinación de las mujeres, definiéndolas como objetos —que no sujetos—, como medios y no fines en sí mismas.

Tomando como punto de partida el hecho de que los papeles sociales tradicionales asignados a las mujeres han sido sobre todo los de madre y prostituta, que la identifican en sentido profundo con la sexualidad y que legitiman un orden patriarcal o sistema de género, Alicia Puleo hace un amplio recorrido por los principales perfiles de la figura de la madre en la Filosofía occidental moderna y contemporánea. Para ello los engloba en dos tipos de discurso, uno del elogio y otro del desprecio, clasificación que sutilmente llega a alcanzar incluso al discurso filosófico emancipatorio feminista, si bien con intenciones opuestas al relato tradicional.

Los discursos del elogio se enmarcan en la aparición, tras la Ilustración, del modelo burgués de mujer y madre que posteriormente se consolidaría: el de la mujer doméstica (Rousseau). El cuerpo de la mujer, tan temido por su asociación a la sexualidad, es entregado a las prácticas médicas que acentúan su función reproductora y consagran a la mujer como «ángel del hogar» y cuidadora abnegada de sus hijos. El hogar se convierte en «santuario doméstico» (Comte) y la mujer es caracterizada como «ser para otros» (Ortega y Gasset), en una visión supuestamente armoniosa de la complementariedad entre los sexos.

La otra cara de la moneda es el desprecio del cuerpo y su conceptualización como lo opuesto al espíritu. En una transcultural y transhistórica asociación de la mujer con la Naturaleza, las mujeres son convertidas en la trampa de la especie para la reproducción (como fuerza ciega) de la humanidad (Schopenhauer), siendo las madres pura energía natural donde la moralidad —que se da de individuo a individuo pero no en la procreación— se halla ausente (Weininger). Mejor parada queda en este orden la figura de la prostituta porque se sale del ámbito natural reproductivo, posición defendida igualmente por los surrealistas y Bataille, para quienes la figura de la madre encarna el orden burgués. Incluso un discurso emancipatorio feminista como el de Simone de Beauvoir, al participar de una ética en la que sólo la trascendencia tiene valor, puede acabar incorporando un cierto desprecio de la función materna al asociarla a la inmanencia. Ante ello, Puleo aboga por una definición menos dualista del ser humano en la que Naturaleza y Cultura sean atribuibles *ex-aequo* a mujeres y hombres.

Frente a esta cierta matrofobia feminista inicial (*vid.* también Firestone), Adrienne Rich abre una nueva puerta al asociar materni-

dad y poder creativo frente al poder opresivo patriarcal, línea seguida en buena parte acriticamente por el feminismo cultural anglosajón y el feminismo italiano de la diferencia. Una variante de esta visión ligada a una perspectiva ecologista y antiimperialista es la defendida desde el Tercer Mundo por Vandana Shiva, quien ha logrado asociar las imágenes tradicionales de las mujeres como madres vinculadas a la naturaleza fértil con una actividad política de corte ecofeminista.

Cristina Molina explora la figura de la mujer en la tradición católica, en la que aparece prácticamente como sinónimo de la madre. La Virgen María, Madre del Dios, es el modelo materno en la tradición católica y la única imagen de la mujer que redime a «lo femenino» de su fundamental condición maligna de tentadora-inductora al pecado del sexo, origen de todos los males humanos.

La tradición exegética bíblica desdibuja el pasaje de la creación y presenta a la mujer no como creada a imagen de Dios, sino a partir del varón y para su servicio personal. Ella, además, introduce el desorden en el plano divino, induciendo al varón al pecado (de la carne). Su castigo consistirá en atarla a los cometidos que en ese momento se le asignan de esposa sometida y madre sufriente: «Parirás con dolor los hijos y buscarás con ardor a tu marido, que te dominará» (Gén. 3, 16). En la doctrina gnóstica, también el principio femenino, Sophia, trastoca los planes de la creación, dando lugar al mundo redundante y malvado de la materia. Ni en el plano divino ni en el humano tiene la mujer otro papel que el ya aludido de constante tentadora en la carne del varón para apartarlo de su destino espiritual. Sólo una se salva de esta vocación carnal y malévolamente para ser corredentora: la Virgen María, quien por el hecho de haber sido elegida como Madre de Dios es liberada de su naturaleza impura.

Destinada y preparada para ser morada de su Dios, la Virgen no tiene otra palabra que *fiat* ni otro deseo que no sea el del Hijo. Es madre, pero «inviolata», entera, inmaculada (en un parto biológicamente imposible); madre Dolorosa en la aceptación de su destino, sometida a la voluntad del Padre y acompañando la pasión del Hijo sólo con sus lágrimas. La recepción de esta figura —la devoción a María— ha representado para la Iglesia la conveniente introducción de lo femenino en una teología y una religiosidad de corte profundamente patriarcales. La invitación a la humildad, la llamada al cuidado y a la compasión maternal que representa María mitigan la ima-

gen rigorista del dios bíblico y producen «la función materna», una vez borrada la Madre de la Trinidad, sólo como una mediación necesaria entre el Dios y las criaturas.

El culto a María surge y se fortalece en las épocas más críticas de la historia de la Iglesia. Para la Iglesia ha representado una instancia de acercamiento a los fieles. La concepción patriarcal de una Iglesia dominada por varones célibes desde una tradición profundamente misógina, habla de esta manera para los mismos varones, no para las mujeres reales. Para las mujeres concretas, la Virgen María sigue siendo un modelo de «lo femenino» patriarcal, opresivo, y un ideal de vida en contradicción permanente con la práctica de vida de la mayoría.

La crítica feminista ha explorado con singular atención la construcción psicoanalítica de la figura materna, fundamentada en Freud y reelaborada por Lacan, que hicieron de ella un poderoso referente cultural en el imaginario colectivo, examinando sus fisuras y sus interesantes, si no interesados, deslizamientos conceptuales. A las revisiones pioneras del relato freudiano de Juliet Mitchell, les sucedieron importantes análisis de los efectos sociales de la peculiar resolución del complejo edípico en el caso de la niña, derivada de la específica relación con la madre quien, además de constituir su primer objeto de amor y de deseo, se erige en modelo de género. Dorothy Dinnerstein, Nancy Chodorow, Jessica Benjamin y, en general, la escuela anglo Norteamericana de relaciones objetales, aportaron iluminadores análisis sobre sus profundas repercusiones, tanto individuales —en el sentido del decisivo rol materno en la constitución de las identidades femenina y masculina— como sociales —en la consiguiente división de ámbitos, uno público y otro privado, y la distribución y asignación de papeles en ambos en virtud de esta identidad.

La importancia de estas aportaciones no puede minusvalorarse ya que mostraron la construcción social de conceptualizaciones profundamente esencialistas de lo masculino y lo femenino históricamente naturalizadas. Beatriz Suárez Briones describe este proceso de reflexión sobre la figura materna, asociada desde Freud a un continente temible por lo arcaico y desconocido, y configurada gradualmente en relación con la materialidad de la tierra y el cuerpo, esto es, con lo que precede a la civilización y a la cultura, con el principio del placer que se les opone y, finalmente, con el instinto de muerte implícito ya en el origen de la vida. Suárez Briones examina el recorrido

de las diversas teorizaciones feministas de lo materno desde la restitución ontológica de su presencia anterior al *logos* hasta su reconfiguración epistemológica desde la posmodernidad como resistencia al dictado del *logos* y como metaforización del desmantelamiento de *lo uno y lo mismo*.

La madre como hueco en el espacio, sin cometido una vez expulsada su criatura —en la plástica definición de la poeta norteamericana Sharon Olds—, es la contrafigura explorada en la poesía y en el discurso lingüístico por Mercedes Bengoechea. Su creciente insignificancia la ha ido convirtiendo literalmente en un ser cada vez más leve y más frágil, hasta tornarse en un vacío, en una sima que aterra en su amenaza. Bengoechea indaga en el carácter antimaterno de ciertos discursos feministas cuyas raíces se hunden precisamente en el vacío de poder materno existente en el patriarcado, vacío que las hijas temen y rechazan. Les aterra la posibilidad de convertirse ellas mismas a su vez en esa nada a la que *la* madre puede arrastrarlas. Sin identidad propia, necesitada de sus hijas para justificar su existencia, éstas la perciben oscuramente como peligro y tienen que separarse, romper con ella, matarla para poder vivir una vida propia, distinta y autónoma. «Tú me diste la vida y, sin embargo, yo no puedo vivir mientras tú vivas» es un terrible verso del poema «Kali» de Lucía Etxebarria que cita Mercedes Bengoechea. Este oscuro temor a la absorción se ha visto reforzado por las teorías psicoanalíticas en las que la figura materna está invariablemente asociada con el peligro de la fusión total y el aniquilamiento del yo.

En su deseo de desconstruir esencialismos y explorar el proceso de la construcción social de la insignificancia materna al objeto de modificar esa imagen radicalmente desvalorizada con la que la hija no puede identificarse sin conflicto, lingüistas feministas han localizado el problema de la minusvaloración materna en la posición de igualdad, o incluso de inferioridad, en la que la propia madre se sitúa en la temprana relación con su criatura con el fin de iniciarla en la interacción social. Bengoechea reconoce el loable esfuerzo de estas corrientes por desnaturalizar conceptualizaciones inmensamente nocivas para las mujeres, aunque advierte sobre la reiteración en responsabilizar a la madre, culpabilizándola de nuevo. Denuncia, así, el alineamiento discursivo con las teorías que valoran, ante todo, las relaciones de poder por encima de las de empatía y relación de inter-

dependencia, mostrando que, sin caer en la cuenta de las implicaciones de su discurso, estas lingüistas que critican la acomodación materna a las posibilidades expresivas infantiles reinscriben los criterios de jerarquización, competitividad y separación propios de la socialización masculina en el patriarcado.

La fuerza de las simbolizaciones que reducen a la mujer a la categoría de madre, haciéndola que asuma como propio el ideal que la cultura le propone, es el punto de partida del análisis que Silvia Tubert lleva a cabo de la alianza entre tecnología e ideología para asegurar la naturalización de la identidad femenina en virtud de su función reproductora.

Tubert lleva a cabo un interesante análisis de la concepción patriarcal de la feminidad y del conjunto de operaciones simbólicas que configuran el imaginario social de la maternidad. Muestra cómo la fuerza del ideal colectiviza los posibles deseos de las mujeres, fundiéndolos en el de tener un hijo, homogeneizando así su identidad y obliterando las diferencias individuales, que quedan subsumidas en una imagen y una representación fuertemente portadoras de sentido. Éstas permiten domesticar el deseo femenino, dejando de lado la cuestión de la sexualidad que, en todo caso, se controla a partir de su medicalización. La normativización del cuerpo femenino sobre la base de su función reproductiva asegura su puesto en una jerarquía presidida por los expertos médicos y científicos que, a imagen del dios bíblico dispensador de vida, se arrogan la gestión de la fecundidad de las mujeres. La mujer que no concibe es un fallo de la naturaleza que ha de repararse como sea para adecuarse al ideal. Tubert explora los estragos del proceso en el orden simbólico como carencia de una metáfora alternativa que la signifique, lo que le impide encontrar lugar como sujeto deseante; en el orden psíquico, por hallarse alternativamente dividida entre su complejo de culpa o disfunción —en cuanto que diferente de las demás mujeres— y de heroína capaz de pasar por cuanto haga falta; y en el orden físico, por verse sometida a largos y dolorosos tratamientos, en un altísimo porcentaje improductivos.

La literatura es una verbalización estética del pensamiento y, como tal, la figura materna y su problemática no pueden estar ausentes de sus representaciones. A medida que las mujeres cobran conciencia del carácter socialmente construido de su «naturaleza» y, por consiguiente, del entramado de intereses que ha confluído históricamente

en su representación y subsiguiente función social, recuperan la figura materna en el origen de las simbolizaciones responsables de su destino. De ser un personaje en el trasfondo o en los márgenes del relato, la madre ha ido ocupando una posición cada vez más central. El hecho de que se le haya encomendado la socialización de la prole en el patriarcado la ha situado en una difícil posición en relación con sus hijas, que difícilmente le perdonan, como ya vimos, un legado de inferioridad y de sumisión forzada. De nuevo aparece, así, la matrofobia como uno de los rasgos que caracterizan con más frecuencia las representaciones maternas en las novelas de autoría femenina. Una matrofobia que no significa necesariamente el odio a la madre, sino el terror a ser como ella y a repetir su historia.

El ímpetu por romper la esencialización de lo que convencionalmente se ha venido designando como femenino, responsable de la obliteración de cualquier intento de individualidad por parte de las mujeres, ha conducido a una fuerte resistencia al menor indicio de generalización de problemáticas. La crítica feminista posmoderna ha puesto un énfasis decidido en subrayar toda especificidad, distinguiendo con exhaustiva precisión las particularidades derivadas de los ejes de raza, etnia, clase, edad y otros aparentemente menos conspicuos, aun a riesgo de la dispersión de energía necesaria para la consecución de los objetivos de su agenda política. Es interesante, por tanto, comprobar la generalización de una representación materna como figura radicalmente problemática a la que se impone matar simbólicamente para permitir que surja una mujer nueva, despojada de los ilusorios atributos que le asignara el patriarcado y de las fidelidades que le impusiera a cambio de ellos.

María Jesús Fariña y Ángeles de la Concha exploran representaciones de novelistas pertenecientes a culturas tan distantes y distintas como el continente americano, norte y sur, África y la India. Con peripecias plurales y desde las perspectivas más diversas, producto de específicas coordenadas espacio temporales, ambas autoras indagan en representaciones maternas que nos invitan a reflexionar sobre la importancia inmensa que adquiere su figura en la literatura contemporánea.

Fariña comienza analizando el sentimiento de disidencia filial respecto a una genealogía materna social y cultural en la que las madres tratan de insertar a sus hijas. Las voces de poetisas hispanoamericanas

como Alfonsina Storni, Gioconda Belli o Cristina Peri Rossi gritan poéticamente su resistencia o su negativa frontal: «No quiero la pesadísima saga / No quiero ser mujer» (PERI ROSSI, 1999); «¡Señor el hijo mío que no nazca mujer!» (STORNI, 1999), pero también proclaman su triunfo: «(...) esta mujer / hecha y derecha / plena / esta mujer de pechos en pecho / y anchas caderas / que, por mi madre y contra ella, / me gusta ser» (BELLI, 1995).

La madre, minusvalorada y silenciada por el sistema y, no obstante, portavoz y garante del mismo, aparece asimismo en otros géneros como la novela y el teatro, donde se dramatiza la hostilidad de su conflicto con la hija. Por su parte, las hijas de esta generación concienciada tematizan su propia experiencia como madres desde ángulos nuevos que revisan los estereotipos del sistema y proponen modelos femeninos innovadores. Embarazo y alumbramiento pasan a constituirse en materia poética, reconfigurados desde una experiencia personal de mujeres que, rechazando versiones instituidas, quieren dar cuenta de «un estado de cosas diferente». A esto alentaba la poeta Adrienne Rich en su obra fundacional *Nacemos de mujer. La maternidad como experiencia e institución* (1976). Con el reconocimiento a las madres literarias, es decir, a las mujeres escritoras que han alumbrado posibilidades de nuevos modos de ser y hacer, concluye su ensayo María Jesús Fariña, citando el hermoso poema de Belli, «Contradicciones», en el que las va nombrando —Safo, George Sand, Jane Austen, Virginia Woolf...— y agradeciendo su legado.

Ángeles de la Concha incide en la dimensión transcultural de esta problemática de lo materno y se adentra en la creación literaria de mujeres que la abordan desde entornos culturales tan diversos como Nigeria, Canadá, la India y Norteamérica. Nigeria es un buen punto de partida por la recurrente metaforización del continente africano como madre y la subsiguiente exaltación simbólica de su figura. Es por ello particularmente interesante escuchar en la novela de Buchi Emecheta, *The Joys of Motherhood*, la palabra de una madre africana que indaga en la realidad tras el imaginario social que ha interiorizado desde niña. La afroamericana Alice Walker explora la cadena de simbolizaciones articulada en torno a la circuncisión femenina como rito de paso de la niña a la sociedad adulta, y la red de poder e intereses patriarcales, vehiculados de nuevo a través de la figura materna, que inscriben su marca sobre el cuerpo femenino.

Con *El cuento de la criada* la escritora canadiense Margaret Atwood ofrece un poderoso correctivo a la complacencia occidental en torno a los logros democráticos en materia de igualdad de género. Su novela es una fábula política que alerta sobre la fragilidad de las conquistas mostrando, a través de una distopía futurista pero inquietantemente actual, lo plausible de una dramática involución social mediante la reubicación de las mujeres en el lugar que les compete en virtud de su capacidad reproductora de la especie. Finalmente, la escritora de origen alemán e hindú, Anita Desai, ahonda en el fustigamiento de esta complacencia, mostrando la similitud de la articulación de dominio patriarcal y connivencia materna en culturas de signo aparentemente tan distinto como la india y la norteamericana.

Si la literatura es un vehículo poderoso por el que transmitir todo tipo de valores, las ficciones audiovisuales resultan potentes artefactos de simbolización. Sin embargo, sus mensajes resultan difíciles de detectar como tales porque basan su eficacia en un lenguaje peculiar que interpela, ante todo, a las emociones de los espectadores. Ahora bien, teniendo en cuenta la hegemonía de los relatos audiovisuales en nuestro mundo, reviste especial interés analizar lo que vemos en las pantallas. Al hacerlo, Pilar Aguilar constata la extraordinaria escasez de propuestas narrativas sobre la maternidad y muestra que el cine no la considera como periplo vital digno de ser indagado.

Al contrario de lo que sucede en la vida real en cuanto a quién protagoniza la crianza y el cuidado, el cine desarrolla más variedad de relaciones paternofiliales que el equivalente maternofilial, a menudo eliminando directamente esta última. A ello no es ajeno el abrumador número de directores y protagonistas masculinos en detrimento de las femeninas. Las consecuencias van desde el peso considerablemente mayor de los padres en el relato hasta su preeminencia absoluta en la resolución de los conflictos. Y es que la madre no es figura de referencia: el poder, el saber, la legitimidad y la genealogía son transmitidos por vía masculina, ya sea directamente paterna —*Superman*— o por la de la relación maestro-discípulo —*La guerra de las galaxias*, *El señor de los anillos*. La liviandad simbólica de las mujeres llega a ser tal que, en películas como *Blade Runner*, al final se las descarta del relato mediante la eliminación de la última posibilidad a que se las reducía: la de hembras reproductoras.

Cuando aparecen tangencialmente las figuras de madres, se las analiza desde la óptica de los hijos varones. Suelen ser personajes esquemáticos y toscos: madres castradoras y posesivas, en donde la única salvación para los hijos es el alejamiento y la negación de esa madre, en una nada inocente traslación de la resolución misógina del Edipo descrita por la teórica feminista Nancy Chodorow como resultado de la actual estructura genérica. Claro que es difícil encontrar el punto medio: en el otro extremo nos encontramos con el castigo a las mujeres que no son suficientemente madres; basta con que no vivan exclusivamente centradas en su maternidad para que sean pintadas como monstruos y por su culpa se desencadenen todo tipo de desgracias y problemas. Muy rara vez la maternidad y las figuras maternas rompen esos moldes representativos y, cuando ocurre, las directoras o guionistas suelen ser altamente responsables de ello. Las mujeres aquí ya no son sólo madres vampíricas o ejemplares, pueden cometer infidelidades sin que el mundo se hunda por ello y no tienen por qué ser irrealmente jóvenes y esculturales.

Aunque Aguilar es optimista al considerar que también en este campo se han notado los avances conseguidos por mujeres, se muestra inquieta por la benévola reacción de muchas mujeres (feministas) ante un ejemplo luminoso de madre ejemplar —idílica en nomenclatura de Aguilar— es decir, aquella que entrega y subordina su vida a los demás sin pedir nada a cambio y aceptando todo aquello que (le) sucede. Nos estamos refiriendo a la, por otra parte, excelente película *Solas*, de Benito Zambrano. ¿Cómo es posible que este personaje (nos) haya gustado tanto? —se pregunta. ¿Cómo admirar la «dignidad» de alguien que acepta la humillación y la esclavitud, de alguien que acepta sin rechistar el alejamiento de unos hijos por maltrato de su padre mientras permanece al lado de este último? ¿Cómo creer en el equilibrio personal en un período en el que las nefastas secuelas del maltrato físico y psíquico han empezado a ser conocidas? Con buen tino se niega Aguilar a contraponer cuidado y autonomía: una cualidad debería sumarse a la otra como propuesta, no sólo para las mujeres/madres, sino también para los varones/padres.

De las crisis que comporta una situación de separación o divorcio y el cuestionamiento de roles que implica, tratan los últimos tres capítulos. Sara Barrón aborda la monoparentalidad femenina por ruptura conyugal desde una perspectiva procesual y eminentemente

empírica, analizando las trayectorias experienciales de veinte mujeres divorciadas y sus familias. En el presente trabajo describe algunas de las implicaciones que tiene esta particular transición familiar en las facetas maternas de sus protagonistas, apareciendo el proceso de *individuación y desconyugalización* maternal como el vector más sustantivo de cambio biográfico y familiar.

Es difícil comprender la trascendencia que tiene para las mujeres esta transición sin tener en cuenta el arraigo de repertorios maternales fundamentados en el binomio cultural maternidad-conyugalidad, así como la dificultad que entraña disociar ambas relaciones, no sólo desde un punto de vista legal, sino emocional, ideológico y experiencial. Crisis y continuidad hacen referencia a la persistencia de una ideología conyugal que el nuevo contexto monoparental obliga a las mujeres a cuestionar a partir de un proceso por el que han de redefinir sus maternidades como facetas individualizadas, esto es, experimentadas y concebidas en solitario, al menos en sus dimensiones cotidianas. Ello implica asumir una jefatura familiar en sus roles de madres y principales responsables del nuevo hogar sin referencia al «otro» y al mundo de la conyugalidad, que hasta ahora ofrecía todo un soporte material y una legitimidad social en tanto que «parentalidades complementarias» y normalizadas en su sociedad.

En su sentido más lato podríamos decir que, en lo que respecta a los roles maternos, no son sus contenidos lo que cambia sustancialmente, sino las formas y la significación ideológica y subjetiva de vivir una maternidad al margen de la conyugalidad, lo que lleva a muchas mujeres a vivirla inicialmente como un proceso crítico y de extrañamiento, cuando no de ruptura y novedad totales. Aun así, permanecen en muchos casos los efectos perversos de una ideología conyugal complementaria que, o bien traduce a veces sus nuevos ejercicios maternales en maternidades escindidas (ausencia de complemento masculino: «incompletas»), o bien en la mayor parte de los casos lo hace en maternidades exclusivas (sobrecargadas y absolutas) ante una figura paterna remota o desequilibradamente implicada antes y después de la ruptura conyugal.

Barrón nos propone, pues, compartir algunas de las viñetas experienciales de muchas mujeres que han visto transformadas sus maternidades desde la vivencia de un divorcio y/o separación. Considera necesario aproximarnos a sus realidades maternas por cuanto

que lo que las mujeres relatan a través de sus discursos no es solamente un cambio en sus posiciones como madres, sino toda una transformación más global de sus propios paradigmas de maternidad donde lo identitario, lo emocional y lo ideológico intersectan de forma compleja en sus experiencias.

En los dos últimos capítulos Cristina Brullet y Raquel Osborne observan cómo la función paterna, en tanto que provisión económica exclusiva y representación de la máxima autoridad en la familia así como conferidora de estatus a la misma, sufre un lento pero continuado declive desde la modernidad. Uno de los factores a tener en cuenta en esta transformación es el cambio en el papel de las mujeres, respaldado por el movimiento feminista.

Que la primera modernidad afecta al sistema familiar de Occidente es un lugar común para todos los estudiosos del tema. Pero mientras algunos ven con preocupación los cambios en la familia tradicional —su desinstitucionalización, primando el vínculo de filiación frente a la alianza matrimonial— para otros, entre quienes se encuentran Brullet y Osborne, lo que está en juego es la aparición de un nuevo sistema de familia de carácter no patriarcal, más acorde con las sociedades democráticas de Occidente. No obstante, entiende Brullet, todavía no se han creado las condiciones de posibilidad para que la maternidad se convierta en una elección libre. La persistente reclamación por parte de las mujeres de plenos derechos reproductivos —acceso libre al uso de anticonceptivos, aborto libre y gratuito y reproducción asistida libre y gratuita— así lo demuestra.

Bajo el estado liberal moderno, desarrollado en el contexto de la industrialización, la urbanización y el liberalismo político y económico, se consagra la división de la sociedad en dos esferas, la de los asuntos públicos y la de los asuntos privados, quedando la segunda subordinada a la primera. Estas divisiones tendrán su correlato en una división sexual del trabajo por género, propiciándose las dicotomías varón/público mujer/privado. El contrato civil de matrimonio reforzará la dependencia familiar, social, política y económica de las mujeres. El *contrato de género* asociado a dicho contexto quedará vinculado a tres principios —la desigualdad entre los sexos, la maternidad como un asunto de mujeres y la indisolubilidad del matrimonio—, que sólo paulatinamente acabarán siendo erosionados.

Según la tradición cristiana que arranca del medievo, el entoncía-do de que la filiación debía seguir siempre a la alianza matrimonial ya no responde a la situación legal en España desde comienzos de los años ochenta del siglo XX. Es decir, el contrato matrimonial ha perdido relevancia para formar una familia. Hijos y madres han acabado siendo reconocidos con plenos derechos al margen de las circunstancias de la maternidad. Si bien ha entrado en el hogar una nueva autoridad —el saber de los «expertos» (médicos, psicólogos, etc.)—, la disminución creciente del papel patriarcal del padre y cabeza de familia se ha visto compensada por un cierto aumento de la autoridad femenina, teniendo que competir el padre con la madre como referente simbólico de autoridad ante la prole.

Una problemática, esta vez común a ambos progenitores marcados por el doble salario, es la falta de tiempo para estar con su descendencia en una sociedad en la que prima el valor del mercado. Pero ello no es inocente en cuanto al género: a pesar de que la división estricta del trabajo en relación al salario ha perdido legitimidad histórica, siguen siendo los varones quienes más ingresos consiguen y más tiempo se ocupan entonces laboralmente fuera del hogar. Estas circunstancias, además de otras más subjetivas como las notables resistencias masculinas a implicarse en las tareas domésticas y de cuidado en sentido amplio —niños, enfermos, ancianos— contribuyen a que la «doble presencia» o doble jornada sea una realidad cotidiana para la mayoría de madres, no así para el padre, con el subsiguiente desequilibrio en cuanto a los roles parentales.

Raquel Osborne, a su vez, repara en las diversas maneras en que los hombres reaccionan en función de cómo se posicionen ante los cambios mencionados en el sistema occidental de familia. Algunos varones comienzan a organizarse ante las transformaciones en las relaciones familiares, en particular tras una situación de divorcio, que sienten que ataca la identidad masculina. Hasta tal punto ello es así que han identificado derechos masculinos con derechos paternos al ser la familia el *locus* por excelencia donde es percibida de manera principal el declive de su autoridad.

El rol masculino de género previo al divorcio, en tanto que marido y padre, persiste habitualmente tras el mismo. Un número destacado de hombres se relaciona con sus hijos de una manera muy escasa y a través de la mediación de sus mujeres. Cuando desaparece

dicha mediación, los hombres se sienten perdidos y/o enfadados. Su papel tradicional se desmorona ya que supone un rol marital y paterno imposibles tras el divorcio, de cuya imposibilidad se culpa a la ex cónyuge. Esta cuestión se mezcla con la sensación de abuso y expolio de los derechos paternos tras la ruptura familiar. En suma, sienten que su identidad masculina ha sido amenazada en su doble faceta de maridos y padres. Esto acaba conduciendo, al menos, a dos resultados: a una distancia progresiva respecto de sus hijos y a una cólera notable hacia la ex esposa. La violencia contra ella puede ser un efecto añadido de estos sentimientos, propios de una mentalidad autoritaria y atrapada en un rol hipertradicional.

No obstante, una cosa es lo que sienten los padres separados a que aquí nos referimos —es decir, los que plantean litigios en el momento de las rupturas familiares— y otra lo que a veces la realidad presenta: que ante el avance de la igualdad entre los sexos, de cuya retórica los padres separados se hacen eco, las instancias judiciales se amparan en una supuesta neutralidad de género para conceder la guarda y custodia a los padres por delante de las madres. A favor de los varones juegan factores valorados positivamente y que muestran la pervivencia de una innombrada desigualdad de género. Ejemplos de ello son los mayores ingresos de los hombres o el contar *a priori* con su prestigioso papel de cabeza de familia tras pasar a formar parte de las llamadas familias reconstituidas —que son las que recomponen la familia nuclear aunque con diferente madre en este caso. Por añadidura, muchos jueces piensan que un marido violento puede ser un buen padre.

Afortunadamente, no todos los padres separados responden a este patrón. Algunos han comenzado a entender que la igualdad entre los sexos pasa por concebir a la ex pareja como a una igual, por romper la tradicional división de roles que implica que la autonomía y el cuidado hacia los demás —incluida la prole— no es patrimonio de ninguno de los sexos. Una nueva identidad parental puede surgir desde estas premisas pero, hoy por hoy, la mayoría no lo asume e incluso una minoría reacciona violentamente ante la supuesta mengua de su papel y de sus derechos, con la complicidad no casual de sectores significativos como la judicatura.

En conjunto, todas estas aproximaciones a la función materna desmantelan ideas y mitos románticos e invitan a una lectura crítica y reflexiva que nos permite cobrar conciencia, en primer lugar, del

peligro de la reducción de las mujeres —y de los hombres— a una sola de sus dimensiones. En segundo término —igual o más importante— nos desvela la connivencia, en muchos casos inconsciente, de las propias mujeres en este cercenamiento de sus posibilidades como personas que tan profundas y nefastas consecuencias tiene, no sólo sobre ellas mismas sino, ante todo, sobre su descendencia. Por eso nos parecen tan necesarias reflexiones como las recogidas en estas páginas, a través de las cuales vemos también cómo muchas mujeres —y algunos varones compañeros de viaje— van cobrando posiciones de sujeto, tratando de construir unos modos de pensar y, en definitiva, un mundo más a la medida de sus deseos y necesidades.